

CUCA CANALS

El joven

POE

El reloj  
de la  
muerte



edebé

El joven



POE



El reloj  
de la muerte



CUCA CANALS

El joven



POE

El reloj  
de la muerte

edebé

© Cuca Canals, 2019

© de la edición: Edebé, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

Atención al cliente: 902 44 44 41

[contacta@edebe.net](mailto:contacta@edebe.net)

Directora editorial: Reina Duarte

Diseño de la colección: Book & Look

Ilustraciones interiores: Cuca Canals

1.<sup>a</sup> edición, octubre 2019

ISBN: 978-84-683-4548-2

Depósito legal: B. 17338-2019

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Con mi agradecimiento a  
José Castro y María Pérez Hervada.*



## CARTA A LOS LECTORES QUE LEEN UNA NOVELA MÍA POR PRIMERA VEZ

*Apreciado amigo o amiga:*


*Me llamo Edgar Allan Poe, tengo 12 años y vivo con mis padrastros en la calle Morgue de Boston, capital de Massachusetts.*

*Mi madre murió hace 5 años, pero mi padre está vivo, aunque esto lo averigüé hace poco. Descubrí que se había establecido en Dublín gracias a la información de un familiar lejano. Al parecer, nos abandonó tras la muerte de mi madre. Tengo 2 hermanos de sangre, Rosalie y William Henry. Los tres vivíamos juntos en un orfanato hasta que nos dieron en adopción y fuimos a parar a 3 familias diferentes. Por suerte, Rosalie, que acaba de cumplir 10 años, vive con sus padrastros a 2 calles de mi casa. En cambio, William Henry reside en Baltimore, a 399 millas de Boston.*


*Mis padres adoptivos tienen otro hijo, Robert Allan, de 17 años. No lo soporto. Me odia porque cree que voy a quedarme con el dinero de sus padres. Siempre se está peleando conmigo. Yo estoy convencido de que quiere matarme.*

*En la escuela me llaman «el Raro», pero a mí me da igual lo que digan los demás. ¿A quién perjudico siendo como soy? ¿Acaso no somos todos un poco raros? ¿Quién no tiene alguna manía? ¿No es peor la gente que declara ser normal y siempre está incordiando a los demás? Yo creo que ser raro significa ser único. Y eso, más que un defecto, me parece una virtud.*





*Me encanta hacer formas geométricas con todo; con el puré de patatas hago cuadrados; con las pequeñas piedras del jardín hago triángulos y en las superficies polvorizadas dibujo círculos con la yema de mi dedo índice. No soporto que los objetos estén colocados uno al lado de otro y que se toquen entre sí; por ejemplo, los cubiertos o las tizas de colores. Cuando me voy a dormir, antes de cerrar los ojos, tengo que contar hasta 13. Asimismo, soy algo supersticioso. Cada vez que voy a algún sitio en el que no he estado, tengo que formar un círculo caminando. Por las mañanas siempre salgo de la cama pisando el suelo de mi habitación con el pie derecho. ¡Si un día me equivoco, me quedo en la cama todo el día aunque tengo que inventarme que estoy enfermo porque, de lo contrario, mis padrastros no me dejarían! Durante las noches de tormenta siempre me aseguro de dormir con la tripa cubierta y la ventana bien cerrada. Lo hago desde que leí que los fantasmas te pueden robar el ombligo y devorarte sin piedad.*



*Otra razón para que me tilden de raro es que mi padrastro es el dueño de una funeraria, un lugar que, por cierto, visito a menudo: cada vez que se enfada conmigo me envía allí a barrer. Eso ha hecho que, además de ser un experto en limpiar suelos, ya haya visto cientos de muertos. En concreto, 525 cadáveres hasta el día de hoy. Al principio me daban un poco de miedo y repelús, pero ahora solo me provocan una respetuosa indiferencia. A veces, cuando acabo de barrer, me echo una siesta en alguno de los ataúdes vacíos y agradezco a los difuntos que no le digan nada a mi padre adoptivo. Es una de las ventajas de vivir entre muertos: no molestan a nadie. Con la*

*escoba me encanta hacer pequeños círculos de suciedad e imaginarme que el polvo se transforma en enormes escarabajos, cucarachas o arañas que reptan por las paredes. Son tan repugnantes que hasta los cadáveres resucitan al verlos.*

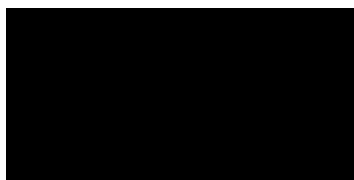
*Por una imposición de mi padrastro, un hombre muy pragmático, siempre visto de negro. Así, las manchas y el desgaste de mi ropa no se notan tanto y mi madrastra tiene menos trabajo conmigo. A día de hoy esta es la lista de la ropa que tengo (¡también me encanta hacer listas!).*

## **MI ROPA**

- 6 camisas de color negro*
- 4 jerséis de cuello alto de color negro*
- 1 chaleco de color negro*
- 2 abrigos de color negro*
- 2 pares de zapatos de color negro*
- 3 calzones de color negro*
- 6 camisetas de color negro*
- 3 camisones de noche de color negro*

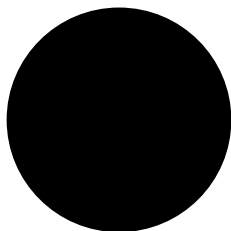
*Supongo que vestir de negro tampoco ayuda a que me vean como a un joven normal, pero no me importa porque es mi color preferido. Como la oscuridad y la noche. Me encanta adentrarme en la negrura. Cuando cierro los ojos, puedo hacer todo lo que quiero: desde imaginarme que estoy volando hasta enfrentarme a un ejército de bisontes. Sucede lo mismo que cuando escribes. Puedo inventarme mundos irreales, crear personajes maravillosos o incluso torturar a mi hermanastro Robert Allan. Por eso, cuando sea mayor, quiero ser escritor. Y, lo mejor de todo, con la imaginación puedo ver a mi difunta madre siempre que quiero. Se acerca a mí y los dos nos abrazamos.*

*Una vez en la clase de arte me pidieron que dibujara un plato de sopa y yo hice un rectángulo negro más o menos así:*



*Le dije al profesor que ahí dentro yo veía perfectamente un plato de sopa. Le pedí que utilizara la imaginación, pero, como la mayoría de los adultos, continuaba sin distinguir el plato.*

*Entonces concreté más el dibujo:*




*Hice un círculo y así conseguí que, al menos, se imaginara el plato. Eso sí, no aprobé el ejercicio porque no hubo manera de que viera la sopa.*

*Tengo un amuleto que, debo reconocerlo, no es muy «normal»: el ojo de un muerto que guardo en un pequeño frasco con formol. Lo robé hace tiempo de la funeraria de mi padrastro y lo llevo siempre en mi bolsillo. Además, me sirve como arma secreta de defensa. Si alguien me molesta, le aproximo el ojo y en el 99 % de los casos logro que me dejen en paz.*

*También tengo una mascota muy especial, un cuervo al que bauticé Neverland. ¡Es la única palabra que sabe pronunciar! La repite constantemente, así que no me costó mucho decidir el nombre. Vive en un saliente del tejado de nuestra casa y en invierno, cuando hace mucho frío, le dejo dormir en la buhardilla donde guardamos los muebles viejos. A veces me sigue a los sitios a los que voy, como si quisiera protegerme desde el cielo. Cuando me acompaña a la escuela, siempre le pido que se mantenga a una distancia prudente para que nadie sepa que Neverland y yo somos amigos. Mi hermana pequeña Rosalie es de las pocas personas que lo conoce. Mi padrastro y mi hermanastro, por supuesto, no saben ni que existe porque, si se enteraran, estoy seguro de que lo desplumarían y descuartizarían sin pensárselo dos veces.*

*Además de ir a la escuela, me dedico a vender sustos. Sí, vendo sustos de asustar. A cambio de una pequeña cantidad de dinero, mis clientes pueden elegir uno de los muchos que les ofrezco. ¿Que para qué sirven? Muy fácil. Para amedrentar a la persona que más deteste el cliente. Incluso he hecho un catá-*



logo donde explico paso a paso cómo llevarlos a cabo. Vendo desde sustos para sobrecoger a padres crueles o a hermanos mayores aprovechados, hasta sustos para vengarse de profesores injustos o tutores despiadados.

Mi sueño es reunir el dinero necesario para que mis 2 hermanos verdaderos y yo podamos ir a buscar a nuestro padre a Dublín, en Irlanda. Con los sustos ya he ahorrado bastante dinero y sé que puedo ganar mucho más porque colaboro con Auguste Dupin, el afamado inspector de la policía de Boston. Ya le he ayudado a resolver varios casos. Entre ellos, los crímenes de la calle Morgue, el del escarabajo de oro o el caso del gato negro. A cambio, suelo recibir una generosa recompensa. Hace un mes, por fin tenía el dinero suficiente para viajar a Europa. Mis hermanos y yo compramos unos pasajes de barco para ir a Irlanda, pero resulta que nos estafaron. Nos quedamos sin dinero y sin los pasajes. Un desastre. Ahora, al menos, he recuperado la esperanza porque Dupin me ha prometido que me ayudará a dar con el hombre que nos timó. Con un poco de suerte, podré recuperar el dinero para comprar otros pasajes. ¡Auténticos!

Y sin más demora, aquí os presento mi séptimo relato.  
Espero que os lo paséis de miedo.  
Muchas gracias por todo y un gran saludo.


Edgar Allan Poe



## EL RETRATO MORTAL



Os voy a contar una historia terrorífica que viví en mis propias carnes. Transcurre en un antiguo castillo al que invitaron a mi padrastro a pasar la noche. Su dueño, al que habían anunciado que le quedaban pocos meses de vida, era un acaudalado hombre de negocios y quería hablar con mi padrastro sobre la tumba donde iba a pasar la eternidad. Mi madrastra y yo tuvimos que acompañarle. A mí me instalaron en una de las estancias más pequeñas y menos suntuosas. Confieso que estaba aterrorizado porque había oído que ese castillo tenía presencias fantasmagóricas. Encima, iba a dormir solo y mi habitación estaba situada en una torre aislada del resto del edificio. Si me pasaba algo, nadie me escucharía. No sé por qué, desde hacía algún tiempo, tenía la premonición de que iba a morir en un castillo. Solo entrar en mi aposento, mis ojos recorrieron las paredes, adornadas con 7 pinturas encerradas en sus respectivos marcos dorados, de talla muy recargada,




que me produjeron un profundo interés. Para tener más luz, encendí un gran candelabro de muchos brazos que coloqué al lado de la cabecera de la cama y abrí completamente las cortinas de negro terciopelo, guarnecidas de festones, que rodeaban el lecho, para evitar la siempre temible oscuridad. Luego, cerré los pesados postigos de la puerta, pues ya era hora avanzada. De esta forma pensé que, antes de dormir, podría distraerme alternando entre la contemplación de esas pinturas y la lectura de un pequeño volumen que había encontrado sobre la almohada. Leí largo tiempo. Las horas huyeron, rápidas y silenciosas, hasta que llegó la media noche. La posición del candelabro empezó a molestarme y, extendiendo la mano, lo coloqué de modo que arrojase la luz de lleno sobre el libro. Sin embargo, este movimiento produjo un efecto completamente inesperado. Vi envuelto en viva luz un cuadro que hasta entonces no había advertido. Era el retrato de una joven, casi mujer. Lo contemplé y cerré los ojos rápidamente. ¿Por qué? No me lo expliqué al principio; pero, en tanto que mis ojos permanecieron cerrados, analicé el motivo. Era un movimiento involuntario para ganar tiempo y recapacitar, para asegurarme de que mi vista no me había engañado y para calmar y preparar mi espíritu a una contemplación más fría y más serena. Al cabo de unos momentos, miré de nuevo el lienzo fijamente. El cuadro representaba, como ya he dicho, a una joven. Se

trataba sencillamente de un retrato de medio cuerpo. Pero parecía que tenía vida. El marco era oval, magníficamente dorado, y de un bello estilo morisco. Tal vez no fuese ni la ejecución de la obra, ni la excepcional belleza de la joven lo que me impresionó tan repentina y profundamente. No podía creer que mi imaginación hubiera transformado ese retrato en una persona viva. Abismado en estas reflexiones, permanecí una hora entera con los ojos fijos en la muchacha del cuadro. Aquella inexplicable expresión de realidad y vida que al principio me hiciera estremecer acabó por subyugarme. Lleno de terror y respeto, volví el candelabro a su primera posición, y habiendo así apartado de mi vista la causa de mi profunda agitación, me apoderé ansiosamente de otro libro que contenía la historia y la descripción de cada uno de los cuadros. Busqué inmediatamente el número correspondiente al que marcaba el retrato oval, y leí la siguiente extraña y singular historia...



Era una joven de extraordinaria belleza que en mala hora se enamoró de un pintor y se desposó con él. El artista tenía un carácter apasionado, y había puesto en el arte su corazón; ella, de rarísima belleza, toda luz y sonrisas, con la alegría de un cervatillo, amaba todo y a todos. No obstante, acabó odiando





el arte, pues era su rival, sintiendo que la paleta, los pinceles y demás instrumentos importunos le arrebatában el amor de su adorado esposo. Cuando este expresó su deseo de retratarla, sintió náuseas. Mas, enamorada y sumisa, se sentó pacientemente para posar, durante largas horas, días, semanas, en la alta habitación de la torre, donde la luz se filtraba sobre el pálido lienzo. El artista observaba complacido cómo su obra avanzaba. Él era un hombre vehemente, extraño, que se perdía en su arte; tanto que no veía que la salud y los encantos de su mujer se estaban consumiendo, mientras sonreía más y más en el cuadro. Todos los que en aquel tiempo visitaron al famoso pintor y contemplaban el retrato comentaban en voz baja su semejanza maravillosa, prueba palpable del genio del artista y del profundo amor que su modelo le inspiraba. Cuando el trabajo enfilaba ya la recta final, no se permitió a nadie más entrar en la torre. El pintor, enloquecido por la pasión con que abordaba aquella obra, rara vez levantaba los ojos del cuadro, ni aun para mirar el rostro de su esposa. Y no pudo ver que los colores que extendía sobre el lienzo eran cada vez más diferentes a la mujer que estaba retratando. No restaba ya por hacer más que un toque sobre la boca y otro sobre los ojos. El alma de la dama palpitó como la llama de una lámpara que está próxima a extinguirse. Y finalmente el pintor dio las pinceladas finales. Du-

rante un instante quedó en éxtasis ante el trabajo que había ejecutado. Hasta que, un minuto después, estremeciéndose, palideció intensamente herido por el terror, y gritó con voz terrible.

—¡Perdóname! ¡¿Qué te he hecho?!

Su joven esposa, la de carne y hueso, la que le había servido de modelo para su cuadro, la mujer que amaba, yacía en el suelo, su rostro con el blanco de la muerte. Se arrodilló junto a ella llorando desconsoladamente y comprobó que estaba...

